

# *La obra y la personalidad de José María Jover Zamora*

María Victoria LÓPEZ-CORDÓN

Me ha correspondido abordar en el transcurso de estas I Jornadas de Historiografía uno de los dos objetivos centrales programados: el de análisis de la personalidad y de la obra de José María Jover Zamora. Pocas tareas puede haber tan satisfactorias para las personas que hemos participado en ellas como el hablar de la labor investigadora y docente de quien ha sido nuestro maestro. Pero pocas también tan comprometidas, porque la trayectoria del profesor Jover es inseparable de un contexto histórico determinado, el de la Universidad española entre los años cincuenta y los años noventa, y forma parte inseparable del propio proceso de la evolución de la ciencia histórica en este período. Tres generaciones y muchos cambios se entrecruzan en su biografía académica y todo ello ha marcado profundamente una obra que se caracteriza no sólo por el rigor conceptual, sino por el sentido ético que la vertebraba de arriba a abajo. Generaciones y cambio. He empleado deliberadamente estos conceptos que han preocupado siempre al historiador Jover y sobre los que ha escrito muchas páginas, porque desde su estudio sobre la de 1635 casi siempre ha sucumbido, y creo que con constante acierto, a la tentación de relacionar las distintas fases del proceso histórico con su respectiva impostación generacional (1). Y esto, a mi manera, voy a hacer yo con su obra, presentándola al hilo de su trayectoria vital. Tres etapas bien diferenciadas, tres inflexiones o tres cambios, jalonan la biografía académica del profesor Jover, y en torno a ellas se articula su propia evolución intelectual. Una primera, formativa, que se cierra con la publicación de su tesis doctoral y su acceso a la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea en 1950. Otra segunda, centrada en la Universidad de Valencia, decisiva desde el punto de vista tanto personal como profesional, que se caracteriza por el ensanchamiento

---

(1) «De la Ilustración al 98: cambio político y cambio generacional», en AA. VV.: *Cambio generacional y sociedad*. Madrid, I. C. H., 1978, págs. 15-40.

de sus horizontes, por la búsqueda de directrices y la paulatina conformación de un proyecto histórico concreto, a largo plazo. Y una tercera que se inicia en el curso 1964-65, con su llegada a la Universidad Complutense de Madrid, de plena madurez, o de «consolidación», por aplicar al profesor Jover, convertido en sujeto historiográfico, su propio vocabulario. De la primera, que transcurre entre Cartagena, Murcia y Madrid, arrancan sus raíces más profundas, las que le vinculan a su ciudad natal y le identifican con un paisaje y una sociedad determinada a través de las cuales aprenderá a asomarse a la realidad, no siempre amable, de su propio país. A ella corresponden sus primeros trabajos, relativos a los comienzos del siglo XVIII (2) y, sobre todo, al siglo XVII (3), y en ella se despierta una tendencia que no abandonará nunca, la de relacionar el mundo de las ideas con el de la política internacional, buscando enfoques más ricos y complejos que los de la historia política o diplomática que le permitan entender mejor determinadas coyunturas históricas. También se muestran ya desde entonces sus objetivos renovadores, como prueba su ensayo *La Alta Edad Moderna* (4), que contribuyó a configurar de manera diferenciada una etapa de la modernidad y a quebrar tempranamente el ritmo secular de la tradicional división en edades. A la etapa valenciana corresponden sus viajes al extranjero: a Lisboa, París, Friburgo. Su participación en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma en 1955, que, según confesión propia, le inclinó definitivamente hacia el estudio de las relaciones internacionales y a una forma determinada de hacer historia que, aunque se mantenga abierta a otros planteamientos, ya no abandonará nunca (5). Son años que suponen un viraje sustancial en su concepción de la historia de España, que pasa a percibir de forma más compleja y que empieza a entender desde perspectivas no castellanas, como muestra uno de sus trabajos más sugestivos, con el que prácticamente inicia esta nueva etapa: *Sobre los conceptos de Monarquía y nación en el pensamiento político español del Barroco*, publicado en Buenos Aires en los *Cuadernos de Historia de España*, en 1950. También son años de descubrimiento de la problemática social y de apertura hacia esta nueva parcela de investigación que se inicia con la publicación de *Conciencia burguesa y conciencia obrera*, sobre la base de una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en abril de 1951 (6). A estos estudios siguen

(2) «Una página de la guerra de Sucesión. El delito de traición, visto por el fiscal del Consejo de Castilla», en *Anuario de Historia del Derecho español*, XVII, 1946, págs. 753-784, y «Una versión provinciana del Despotismo ilustrado», en *Hispania*, XXXIII, 1949, págs. 4-16.

(3) 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*. Madrid, CSIC, 1949. «Sobre la conciencia histórica del Barroco español», *Arbor*, núm. 39, 1949, págs. 355-74. «El sentimiento de Europa en la España del siglo XVII», en *Hispania* XXXV, 1949, págs. 263-307.

(4) «La Alta Edad Moderna», *Arbor*, núm. 26, 1948, págs. 157-184.

(5) Así lo reconoce en su contestación al discurso de investidura como doctor «honoris causa» de la Universidad de Murcia, pronunciado por el doctor Sebastián García Martínez (Murcia, 1985).

(6) *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*. Madrid, I.<sup>a</sup>, 1952; 2.<sup>a</sup>, 1956.

los relativos a la política exterior de Carlos V, recopilados en 1863 en el volumen sobre *Carlos V y los españoles* (7). El de *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo* (8) y el relativo a *La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación* (9). El ámbito cronológico de sus investigaciones se diversifica: del siglo XVI al siglo XIX, y su interés sectorial, que sigue centrado preferentemente en el estudio de las relaciones internacionales, se va haciendo cada vez más compatible con otros temas.

Su colaboración en la *Introducción a la Historia de España*, el popularísimo Ubieto-Regla-Jover-Seco que todos hemos manejado, marca ya una preferencia hacia la historia contemporánea que, sin embargo, todavía tardará unos años en cumplirse plenamente.

Porque a Madrid llegó en 1964 como catedrático de Historia de España Moderna. Y aquí voy a permitirme una brevísima evocación personal. La de la alumna que fue allí, en noviembre de 1963, cuando por primera vez asistí a unas oposiciones: las que José María Jover hizo para alcanzar esa cátedra. Qué me llevó a mí y a mis compañeros de entonces a presenciar esos ejercicios es algo que no puedo recordar. Quizá la curiosidad por conocer a quien en el curso siguiente iba a ser nuestro profesor. Quizá también un cierto desafío a la propia solemnidad del acto, propio de unos años en que la crisis institucional empezaba a hacerse evidente. Pero, con independencia de ello, de que nuestra universidad iniciara entonces un período especialmente conflictivo, el hecho fue que la llegada del profesor Jover supuso un hito en la historia de nuestra facultad, y creo que también marcó una huella profunda en la biografía del homenajead. Años difíciles, a pesar de que ahora se idealicen y se califiquen, con cierta frivolidad, de «prodigiosos». De tensiones y de miedo y también de utopías. Son los años finales de los sesenta y principios de los setenta, en que aparecen la *Introducción* al vol. XI de la *Historia Universal* de Walter Goetz (10) y en que se publica su artículo «1868. Balance de una revolución» (11) una de las pocas concesiones que José María Jover ha hecho al publicar en una revista no estrictamente histórica y uno de los pocos escritos en que ha empleado —él mismo lo confiesa, pienso que no con pesar— una pluma lige-

(7) La obra *Carlos V y los españoles* (1.<sup>a</sup> ed., Madrid, Rialp, 1963; 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Sarpe, 1985) contiene tres estudios publicados entre 1957 y 1960: «Reino, frontera y guerra en el horizonte político de la Emperatriz Isabel, gobernadora de España» (*Actas del VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Madrid, 1957); «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V» (*Carlos V. Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958) y *Carlos V y las formas políticas del Renacimiento, 1535-1538*. Valencia, 1960.

(8) *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo*. Oviedo, 1956.

(9) «La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras de liberación, 1808-1814», en *La guerra de Independencia española y los sitios de Zaragoza*. Zaragoza, 1958.

(10) «Introducción» al volumen *En los umbrales de una nueva Edad*, de AA. VV., tomo XI de la edición española de la *Historia universal* dirigida por Walter Goetz. Madrid, 1968.

(11) «1868. Balance de una revolución», en *Cuadernos para el Diálogo*, núms. 59-60, 1968. El comentario está recogido en la «Presentación al lector» de los trabajos contenidos en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*. Madrid, Turner, 1976, págs. 31-34.

ramente de más calidad que lo habitual. Son los años en que aparecen sus estudios sobre *Sociedad y Estado en tiempos del Estatuto Real*; *Situación social y poder político en la España de Isabel II*; *la Introducción a Guerra y Paz en tiempos de Revolución*, el vol. IX de la traducción española de la *Nueva Historia de Cambridge* (12). En ellos también se interesa por los aspectos historiográficos en un estudio imprescindible para conocer la realidad española. *El siglo XIX en la historiografía española contemporánea. 1932-1972* (13), y aborda el estudio de las mentalidades populares a través del análisis de los dos primeros capítulos de *La de los tristes destinos de Galdós* (14). Es precisamente en este estudio, y en la reflexión que su relectura le provoca años más tarde, con motivo de su publicación dentro del volumen *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, donde la personalidad humana de Jover se nos descubre de una manera más clara, proclamando a Galdós como su primer maestro de Historia, e incluso identificándose con él en ocasiones a lo largo de su trabajo, como irrespetuosamente le objetamos entonces algunos de sus colaboradores, e incluso confesando abiertamente las raíces de sus propias concepciones históricas al hablar de su deuda con el novelista:

«Pero mi concepción ética de la historia, mi concepción de la historia de España como historia del pueblo español, mi solidaridad visceral con el pueblo anónimo que vive, trabaja, lucha, fecunda y muere —para descansar frecuentemente en la tierra de fosas comunes que nadie recuerda—, todo ello es algo que he recibido de forma inmediata de Galdós. Y en el fondo de los mismos fontanares en que Galdós bebiera: su cristianismo, su talante liberal —expresado y vivido más como respeto a la libertad y al decoro del prójimo que como afectada observancia de unos principios de escuela—, su aceptación de la virtualidad conductora de la historia, rectificadora de la historia a través de una apelación ética, que subyace en el pueblo, quiero decir en los humildes, en los que mueren sin dejar su nombre en ningún manual ni en ningún bronce.» (15)

En octubre de 1974, José María Jover pasó a ocupar la cátedra de Historia Universal Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, vacante por jubilación de su titular, doctor don Jesús Pabón. Ponía fin así a la tensión que significó durante algunos años estar al frente de un departamento de Historia Moderna y estar volcado en el estudio de la España del siglo XIX. Unos meses después, recibe el encargo de dirigir la

---

(12) «Sociedad y Estado en tiempos del Estatuto Real», en *Revista Internacional de Sociología*, n.º 107-108, págs. 3-29 (1969); «Situación social y poder político en la España de Isabel II», en *Historia social de España. Siglo XIX*, de AA. VV., Madrid, Guadiana, 1972, págs. 241-308; «Introducción», en *Guerra y paz en tiempos de revolución. 1793-1850*, t. IX de la *Historia del Mundo Moderno*, Barcelona, Sopena, 1972, págs. V-LXXXII.

(13) «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea, 1932-1972», en *El siglo XIX en España. Doce estudios*. Madrid, Planeta, 1974, págs. 9-151.

(14) «El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós». Los dos primeros capítulos de «La de los tristes destinos», en *El comentario de textos. 2. De Galdós a García Márquez*. Madrid, Castalia, 1974.

(15) *Política, diplomacia y humanismo popular...* «Presentación al lector», et pág. 38.

*Historia de España* que fundara don Ramón Menéndez Pidal, tarea que le absorberá de lleno y le permitirá escribir la apretada síntesis que constituye su «Prólogo» al volumen XXXIV, relativo a *La era isabelina y el sexenio democrático* (16). Su objetivo al hacerse cargo de esta empresa es intentar ofrecer al lector un panorama «lo más completo, diversificado y solvente» —son sus propias palabras (17)— del estado actual de los conocimientos con respecto a lo que fueron, en el plano de Estado, de las actitudes o de las realidades económicas o sociales las distintas etapas que van a ser abordadas en el ambicioso proyecto.

Elegido académico numerario de la Real de la Historia en 1978, poco después es nombrado profesor de Historia de las Relaciones Internacionales y miembro de la Junta de Gobierno de la Escuela Diplomática de Madrid, con lo que su vida profesional queda firmemente asentada sobre estos tres pilares: la cátedra en el departamento de Contemporánea, la Escuela Diplomática que le permite adecuar su docencia a lo que él mismo ha llamado «su inveterada predilección por las relaciones internacionales», y la Academia, con lo que ello significa de reconocimiento público a una obra bien hecha. Fruto de esta confluencia entre docencia e investigación, o de esta «consolidación», son dos estudios fundamentales para la comprensión de la política exterior española: me refiero a *Gibraltar en la crisis internacional del 98 y 1898: teoría y práctica de la redistribución colonial* (18).

Los años ochenta suponen para el profesor Jover el poder, por fin, abordar proyectos largamente pensados. Su colaboración en el volumen VIII de la *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara, sobre la época de la *Restauración*, anticipa sin duda lo que va a ser, espero que muy pronto, el volumen relativo a este período que prepara para la *Historia de España* de Menéndez Pidal, siempre aplazado por sus propios compromisos como director de la misma (19). El estudio sobre *La imagen de la República*, que presentará como discurso de ingreso a la Academia y otra serie de trabajos, menos ambiciosos pero siempre sugerentes, como los relativos a *Manuel de la Revilla*, en el volumen de homenaje al profesor Maravall, o el dedicado al contexto histórico de la obra del *doctor Simarro* (20) dan idea de la actividad de estos años en los

(16) «Prólogo a *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874*. Tomo XXXIV de la *Historia de España*. Madrid, Espasa Calpe, 1981.

(17) *Ibidem*. «Prólogo», pág. X.

(18) Inédito el primero hasta su publicación en el volumen *Política, diplomacia y humanismo popular...* ya citado, y publicado el segundo en 1979 por la Fundación Universitaria Española.

(19) «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902», en *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, tomo VIII de la *Historia de España*. Barcelona, Labor, 1981.

(20) *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración*. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1982. «La imagen de la Primera República española en Manuel Revilla», en *Homenaje al profesor José Antonio Maravall*. Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, 1985. «Contexto histórico de la obra del doctor Simarro», en *El doctor Simarro y los orígenes de la Psicología científica en España*. Primeras Jornadas de Sociología e Historia de la Ciencia. Madrid, 1985.

que tampoco desdeña análisis más conceptuales, como los que contienen sus trabajos *De la Ilustración al 98: cambio político y cambio generacional, caracteres del nacionalismo español*, o el más reciente, *La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento* (21). Pero quizá la empresa que más le ha absorbido en los últimos tiempos haya sido la edición crítica de la novela de Ramón J. Sender *Mr. Witt en el Cantón* y su indispensable complemento, *Historia y novela en Ramón J. Sender* (22), empresa cuyo proyecto data, al menos, de diez años atrás y con la que irrumpe de lleno en la historia de España verdaderamente contemporánea, en la de nuestro siglo, enfrentándose con un período que hasta ahora nunca había querido tratar: la guerra civil. Porque la novela de Sender, no nos engañemos, aunque transcurre durante la revolución cantonal y se centra en personajes de entonces, es una novela histórica, no por lo que cuenta, nos dice Jover, sino por lo que presente: el conflicto fratricida que dividiría España; y en la Cartagena que desfila a lo largo de sus páginas sabe reconocer no la de 1873, sino la de 1935. Quizá por ello, de los distintos discursos que el relato contiene, es el de la humanidad, el de la no violencia, el que más le seduce, aunque su análisis se centre en el de la revolución frustrada, en la utopía que quiso llegar a ser y no pudo. En el estudio de la novela de Sender, como ya hizo antes en el episodio de Galdós, Jover reconcilia su oficio de historiador con su pasión por la literatura. Pasión ciertamente consentida hasta el punto que yo casi me atrevería a decir que en José María Jover hay un escritor, si no frustrado, al menos reprimido, y que esto explica la precisión y el vigor de su pluma, la capacidad por encontrar la palabra adecuada y la preocupación por el estilo, tanto propio como ajeno, de la cual sus discípulos podemos presentar infinidad de pruebas manuscritas. Creo que ha tenido la firmeza de escribir sólo sobre aquello que le interesaba, y que esta compenetración entre objeto y sujeto ha dado vida a su obra y le ha permitido acercarse mejor al lector anónimo, que por necesidad o por gusto ha llegado a sus páginas.

Las relaciones internacionales, la época de la restauración, la literatura como fuente de conocimiento histórico... pero el panorama no queda completo sin esta vuelta al pasado que se está operando en los tres o cuatro últimos años. Vuelta a Utrecht, en su trabajo en colaboración con Elena Hernández Sandoica para el tomo XXI de la *Historia de España* de Menéndez Pidal y al *pensamiento político internacional del barroco*, en un volumen de reciente aparición (23). Yo creo que esta vuelta a los orígenes, que puede escandalizar a más

---

(21) «De la Ilustración al 98...», cit. Madrid, 1978. «Caracteres del nacionalismo español», 1854-1874, en *Actas del Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional*. Madrid, Ins. Goerres-Gesellschaft, 1984; «La percepción española de los conflictos europeos...» en *Revista de Occidente*, núm. 57, 1986.

(22) R. J. Sender: *Mister Witt en el Cantón*. Edición, notas y estudio introductorio, Madrid, Castalia, 1986, e *Historia y novela en Ramón J. Sender*. Madrid, Castalia, en prensa.

(23) «España y los tratados de Utrecht», en *La época de los primeros Borbones*, tomo XXIX-I de la *Historia de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, y «La imagen de Europa y el pensamiento

de uno, es un sano ejercicio de libertad intelectual, de coherencia en quien piensa que la historia es una y que no tiene barreras, ni cronológicas ni sectoriales, de ligera y finísima ironía, y Jover tiene mucho de ambas, en quien no le gusta demasiado sentirse encasillado en los moldes de una disciplina o de una escuela.

Jover académico, Jover catedrático o profesor de Historia de las Relaciones Internacionales, historiador lúcido y brillante, Premio Nacional de Literatura en 1963 o de Historia en 1981, no es, sin embargo, el personaje que la mayoría de nosotros conocemos. Porque, así presentado, al hilo de su propia obra, su «imagen», otro concepto que le gusta mucho repetir, es casi la de un triunfador, la de un hombre cuyas virtudes públicas se reconocen, y por eso mismo se despersonalizan. Y nada menos cierto que eso. Porque la imagen del profesor Jover que muchos guardamos, y que desde luego yo tengo, es la de un hombre que ha trabajado mucho, dubitativo y más bien tímido, poco amigo de convencionalismos y actos formales, que nunca se ha encerrado en su despacho y que ha relegado muchas veces su quehacer personal para atender a alumnos y discípulos, para escuchar, o para sumergirse en los acontecimientos cotidianos. Sé que está de moda la contraposición entre lo público y lo privado, entre el investigador y el docente. Pero yo personalmente me niego a estas dicotomías autoexculpatorias y por eso quiero hacer hincapié en reivindicar conjuntamente a la persona, al profesor y al investigador, al maestro y al amigo. Porque creo que la mejor cualidad que como historiador tiene José María Jover es el saber captar lo esencial de la historia, comprender dónde están los problemas y no perderse en anécdotas inútiles, convertirla en algo vivo, en ciencia, pero en ciencia creativa. Y esas cualidades no se aprenden en los archivos, sino en la vida.

Para la mayoría de nosotros, José María Jover no es el académico ni el publicista, sino sencillamente el profesor Jover. Un maestro que ha sabido comunicar no sólo conocimientos, sino preocupaciones e inquietudes; que ha dado ejemplo de comportamiento profesional y que siempre ha sabido tratar a sus alumnos, tuvieran éstos veinte o cuarenta años, como lo que son, como personas adultas, sin falsos ni cómodos paternalismos. Esta es la impresión que tuve hace ya muchos años cuando formé parte de su primera promoción madrileña, la opinión que ratifiqué después, en la etapa en que, como ayudante de su cátedra, pude seguir día a día la cuidada preparación de las clases, el esfuerzo por incorporar nuevos temas o nueva bibliografía, la atenta dirección y corrección de tantas tesis y tesinas como han pasado por sus manos. Nunca le hemos oído quejarse de sus alumnos, ni añorar el pasado, ni caer en la fácil tentación de minusvalorar o abandonar la docencia. Al contrario. Cada curso ha sido un reencuentro esperanzado con las nuevas promociones. Lo recordaba precisamente él mismo hace unos días en la Fundación Ortega y Gasset durante la lección inaugural, un reto que afrontaba con curiosidad

---

político internacional», en *El siglo del Quijote, 1580-1680*, tomo XXVI de la misma *Historia de España*, actualmente en prensa y en colaboración con la autora de este artículo.

mal disimulada ante los nuevos comportamientos o las nuevas inquietudes que el cambio histórico va haciendo evidentes. Y creo que el profesor Jover ha sabido ganarse siempre, allá en 1964 y ahora en 1986, el afecto de estos alumnos y que hasta cierto punto él ha sido consciente de su «autoridad moral», digámoslo así, en la Facultad; autoridad que provenía no sólo de sus conocimientos, sino de su propia persona, una e inseparable. En el Departamento de Moderna hizo mucho. Y Gloria Nielfa, Esperanza Illán y yo, que seguimos permaneciendo en él, siempre hemos añorado esa comunicación intelectual que da la identidad del lenguaje y esa colaboración sincera que sólo un buen maestro sabe despertar entre sus discípulos. En el de Contemporánea se integró sin dificultades, creó un equipo de trabajo dinámico y competente y siguió abierto a todo lo que supusiera renovación. En ambos supo hacer de la amistad el principio indiscutible de la convivencia.

Antes me he referido someramente a la dirección de tesis y tesinas, y creo que este es un aspecto que hay que destacar de forma especial. Primero en Valencia, con las de Castillo, Pérez Picazo, Ródenas, Salom Saurín y tantas otras; después en Madrid, donde la relación es demasiado extensa para ser mencionada con detalle y donde tendríamos que incluirnos muchas de las personas que participamos en este homenaje (24). En ellas se manifiestan perfectamente sus líneas de investigación preferente: las relaciones internacionales, la historia social, la historiografía...

En definitiva, creo que todos los que hemos tenido un contacto directo con el profesor Jover, en la licenciatura o en el doctorado, y de manera muy especial los que hemos trabajado a su lado, hemos recibido algo que no es fácil de expresar: el convencimiento de que las cosas pueden mejorarse y de que nuestro esfuerzo no es inútil para que así sea. Lección de optimismo que, trasladado cinco, diez, quince o veinte años atrás, fue gratificante porque acertó a despertar lo mejor de nosotros mismos.

Jover, como profesor, nos descubrió la historia, y no sólo en sus clases, sino a través del diálogo, de la conversación informal. Nos enseñó a trabajar con disciplina y sin prisa, y nos dio libertad para seguir nuestros propios derroteros. Nos hizo comprender que el camino recto, paradójicamente, siempre es el más largo, pero es el único que permite mirar de frente al futuro, a las nuevas generaciones. Pero como este homenaje no debe centrarse en la nostalgia, sino ser algo prospectivo, abierto hacia adelante, vuelvo a tomar mi hilo conductor y, persiguiendo los objetivos que yo misma me he impuesto, intentaré abordar la cuestión central que preside estas reuniones: la significación de José María Jover en la historiografía española. Y lo voy a hacer a través de aspectos que no van a ser abordados en las otras colaboraciones refiriéndome exclusivamente a dos parcelas de su quehacer histórico muy concretas: la de historiador del sexenio democrático y la de historiador de la Edad Moderna.

---

(24) La relación completa de estas tesis está previsto incluirla en el presente volumen, lo que hace ocioso el volverla a repetir.

El interés de Jover por un período que venía siendo considerado como un paréntesis en la historia del siglo XIX, y al que el calificativo de revolucionario añadía una valoración negativa, es muy anterior a la conmemoración del centenario de la Gloriosa. Data de aquella tesis doctoral que quiso hacer y no pudo sobre la Cartagena de 1873.

«Hace cerca del tercio de siglo», escribió en el prólogo de mi tesis doctoral, en diciembre de 1974, «me propuse una tesis doctoral que abordara el estudio del federalismo español desde la perspectiva del levantamiento cantonal del 73. Don Cayetano Alcázar, al que tanto debemos los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos, aceptó la dirección de aquel proyecto, y durante algunos meses yo viví, entre Cartagena y Madrid, la ilusión de soldar unas tradiciones vivas en mi ciudad natal con el incorregible atractivo que ya por entonces ejercía sobre mí la investigación de nuestro siglo XIX. Pero el horno de la Universidad española no estaba en 1943 para bollos cantonalistas, y el proyecto fracasó ante una exigencia insuperable por entonces: no había tesis posible sin fuentes manuscritas de primera mano.» (25)

No es extraño, por tanto, que el tema del sexenio democrático se le escapara literalmente de las manos en cuanto tuvo oportunidad de abordar el siglo XIX. En *Conciencia burguesa y conciencia obrera* califica de decisivos los años que van de 1868 a 1874, años en que asistimos, cito textualmente, «al nacimiento en España de una auténtica conciencia proletaria» (26). Años que permiten al historiador Jover, apostillo yo, encontrarse por fin con los españoles de a pie. Cuando en 1968 insiste sobre el tema, en su artículo para *Cuadernos para el diálogo*, sus ideas sobre el sexenio se han ordenado definitivamente. Epoca de inestabilidad y de anticipos, Jover trasciende la morfología política del período y el reproche historiográfico por lo que nunca pudo ni quiso ser, una verdadera revolución, y se centra en lo que considera sus verdaderos logros; en primer lugar *el reconocimiento y la garantía explícita de unos derechos humanos* que se plasman en las Constituciones de 1869 y 1873, las más democráticas de su tiempo, por el reconocimiento del sufragio universal masculino, después por el planteamiento de una serie de cuestiones de las cuales ya no se podrá prescindir: *el tema colonial* en su doble vertiente, social, en la actitud adoptada respecto al tema de la esclavitud, y política, por la consideración de Estados de pleno derecho que en el 73 se concede a Cuba y Puerto Rico; *el lanzamiento de la idea federativa*, encaminada a la reconstitución política interna; y *la opción de neutralidad* tomada por España en el conflicto franco-prusiano, preludeo indiscutible de la no beligerancia que nuestro país adoptará en las dos guerras mundiales. ¿Revolución frustrada? Tal vez. Pero no inútil. Etapa impregnada de aliento ético, de razones ocultas y que como la Fortunata de Pérez Galdós, a través de sus frutos, sobrevivirá a la derrota. Pero no son sólo estas razones ni esta continuidad lo que Jover aporta a la historiografía del

---

(25) M. Victoria López-Cordón: *El pensamiento político internacional del federalismo español*. Barcelona, Planeta, 1975; «Preliminar», pág. 12.

(26) En la reedición de *Política, diplomacia y humanismo popular...*, cit. pág. 64.

sexenio, sino su inserción en el marco de una perspectiva más amplia, la de la Europa de su tiempo. Inserción que tiene dos caras: de un lado, un contexto de insólito aislamiento internacional, que compromete todo el proceso; de otro, el parentesco y la identidad con el espíritu de los años sesenta; con un mundo y unas ideologías que precisamente en esos años pierden gran parte de su fuerza.

Para bien o para mal el sexenio tiene mucho más de democrático que de revolucionario escribe Jover en su *Introducción* al volumen correspondiente de la *Historia de España* (27). Dejémoslo así y no intentemos aislarlo ni reducirlo a sus fechas estrictas; tampoco convertirlo en algo homogéneo y cerrado. Pero todavía había que hacer algo tan importante o más que descubrir sus logros: investigar la trascendencia histórica de la experiencia de esos años y en especial de la República del 73. Había que descubrir la otra historia, la que sobre el sexenio proyectaban los historiadores posteriores. Y escribir la trayectoria de la fama, de la mala fama casi podríamos decir, y su contraste con los hechos reales. Y esto es a lo que Jover se aplica en su discurso para la Academia, de nuevo, cómo no, de la mano de Galdós. Y de Sender más tarde que, en ocasiones, casi parece haber leído a José María Jover.

Aunque la tentación es fuerte no quiero detenerme más en este período porque me queda todavía un cometido que considero imprescindible, y que puede parecer a contrapelo de la vocación de contemporaneidad tantas veces proclamada en estas y otras páginas: la reivindicación de la obra de Jover modernista. Porque si no lo hacemos dejamos fuera una tercera parte de su producción historiográfica y prescindimos de una clave fundamental para entender su concepción de la historia. Y hay que empezar por la obra que fue su tesis doctoral *1635: Historia de una polémica y semblanza de una generación*, agudo análisis de las implicaciones ideológicas e internacionales de los publicistas de la Monarquía hispánica (28). Y primer y definitivo encuentro con Saavedra Fajardo, otro de sus autores, de sus clásicos favoritos. Leída en 1947 y publicada dos años más tarde, sigue siendo una obra imprescindible para entender las ideas y los planteamientos de los españoles que vivieron en la Europa de la guerra de los Treinta Años. Y esto no es mi opinión, que tendría poco valor, sino la de historiadores como Elliott, Stradling o Thompson, por ejemplo. *1635* es el eje de una serie de trabajos relativos al siglo XVII, verdaderamente pioneros en ciertas cuestiones, que la historiografía actual está empezando a redescubrir de nuevo, *La conciencia histórica del Barroco español, El sentimiento de Europa, La valoración nacional y la valoración política de la pluralidad europea* (29) son títulos sugestivos que nos remiten a las utopías y los valores de una generación que sintió tambalearse no solo los principios, sino el mundo estático y claro que habían heredado. Y que sin embargo supo amol-

(27) «Introducción», vol. cit. pág. CXI y CXII.

(28) Premio Menéndez y Pelayo, publicado en Madrid, CSIC. 1949 y de próxima reedición.

(29) Obs. cits. nota 3 y «La valoración nacional y la valoración política de la pluralidad europea». *Saitabi*. VIII, 1950.

darse a otro distinto y más moderno. Hombres que vieron hundirse la utopía española de Europa, pero que no dudaron en sustituirla por el concepto, más práctico, del equilibrio entre Estados. Es significativo que algunos modernistas hayan tenido que esperar a la publicación de la obra de Maltby sobre la *Leyenda negra en Inglaterra*, aparecida en 1969 y traducida en 1982, para reconocer la importancia del estudio de los prejuicios nacionales y prestar atención al papel de la propaganda escrita en relación con los siglos modernos. Y que también haya sido un historiador británico, J. M. Elliott, el único que reclamase una mayor atención para el estudio de ciertos aspectos de la política internacional española que no se agotan, ni se comprenden desde la mira histórica, económica o diplomática (30). Ya antes me he referido a la especial significación del trabajo relativo a los *Conceptos de Monarquía y Nación en el pensamiento político español de siglo XVII*. Porque estudiar el dualismo de estas dos concepciones con anterioridad a la crisis de 1640 fue el primer paso para entender los movimientos periféricos que entonces se desencadenaron, y esto lo hace Jover a través de los escritos del obispo don Juan de Palafox, que sentía la plural contextura de la Monarquía española como una realidad conflictiva y que reconocía la existencia no de uno, sino de varios proyectos de convivencia. Entre la España «madre de muchas naciones» que proclama Palafox y la España «nación noble y generosa» que defienden Guillén de la Carrera, Céspedes o Pellicer, media uno de los grandes problemas de la historia española que ni se cierra con los cambios dinásticos ni se abandona en los siglos posteriores. Estrechamente relacionado con estos planteamientos y con las fuentes que ha manejado, Jover se ha sentido siempre poderosamente atraído por el tema de Portugal, que será una de sus constantes preocupaciones en el campo de la historia de las relaciones internacionales. Este interés y esta dedicación, que contrasta con el olvido de nuestra historiografía, debe mucho a su formación de modernista, tal y como demuestra en su estudio sobre *Tres actitudes ante el Portugal Restaurado* (31).

Y del siglo XVII al XVI, a Carlos V y a la política exterior y al descubrimiento de un horizonte político específico, el de la Emperatriz Isabel, que es el de los intereses castellanos. En los tres estudios que dan cuerpo al volumen sobre *Carlos V y los españoles*, José María Jover hace explícitos sus planteamientos relativos a la relaciones internacionales, en los que siempre están presentes e implícitos los fundamentos geográficos, estratégicos y económicos (32). La idea central que da cuerpo al libro es clara: la disparidad de intereses entre los reinos hispánicos y la política europea del Emperador, la contraposición entre los intereses borgoñones y los peninsulares, y las distintas prioridades que unos y otros establecen: la frontera mediterránea y la centroeuropea. Construido sobre una sólida base documental, deslinda definitivamente la

---

(30) J. H. Elliott: «A question of Reputation Spanish Foreign Policy in the Seventeenth Century», en *The Journal of Modern History*, vol. 35, 1983.

(31) «Tres actitudes ante el Portugal Restaurado», *Hispania*, XXXVIII, 1950.

(32) Ob. cit., nota 7.

política exterior castellana de la política mundial carolina y precisa las bases sociales sobre las que una y otra política se apoyan. Aquí encontramos también otra de las constantes preocupaciones de Jover a la hora de estudiar la política exterior, sea ésta la del siglo XVI o la del siglo XIX: el matizar las posiciones a veces enfrentadas que respecto a la misma mantienen los distintos grupos que integran el pueblo español.

No sé por qué los trabajos relativos al siglo XVIII han tenido siempre especial fortuna. Este es el caso de *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo* (33), pieza apreciadísima en nuestras bibliotecas universitarias, por tratarse de una meridiana exposición de las líneas maestras de la política internacional de la centuria. O del muy posterior *España y los tratados de Utrecht*, en colaboración con la profesora Hernández Sandoica (34). No ha pasado, sin embargo, lo mismo con el primer artículo que escribió, en 1946, *Una página de la guerra de Sucesión*, «rara avis» bibliográfica lleno de intuiciones (35).

Frente al carácter monográfico y al exclusivismo de la obra de muchos otros autores de su propia generación o de la posterior, la de José María Jover presenta unos caracteres mucho más amplios, que sin embargo nunca podrán calificarse de dispersos, porque las delimitaciones sectoriales están perfectamente marcadas. Y la reiteración de los problemas a lo largo de los siglos es evidente.

En la introducción a estas jornadas, el profesor Cacho Viu recordaba que para los modernistas era muy fácil establecer la conexión entre España y Europa. Ciertamente. Y por eso yo creo que a su condición de modernista debe José María Jover su obsesión por insertar el proceso español en un contexto más amplio, por romper con un cierto complejo de inferioridad, reivindicar el papel de las pequeñas potencias y por comparar las perspectivas históricas de distintos momentos. También su preocupación por esa realidad compleja y contradictoria que se llama España. Mucho es lo que la historiografía española debe a José María Jover y, por tanto, es justo que se le reconozca. Por distintos motivos: como investigador ponderado y riguroso; como pionero en ciertas cuestiones; como maestro de casi cuatro generaciones; en definitiva, como hombre entero, al modo humanista. Para todos nosotros, y desde luego para mí, que le debo lo mejor de mi patrimonio intelectual, es una satisfacción poderle dar públicamente las gracias.

(33) *Política mediterránea...* Oviedo, 1956.

(34) Ob. cit., nota 21.

(35) Ob. cit., nota 2.